

Antes del pasamontañas: Chiapas en la antesala del levantamiento neozapatista.

Before the balaclava: Chiapas in the antechamber of the neo-Zapatista uprising.

por Esteban Chiaradía y Matías Nahuel Oberlin Molina*
Recibido: 21/10/2017 - Aprobado: 4/6/2018

Resumen

El 1° de enero de 1994 sorprendió al mundo un movimiento armado en Chiapas dirigido por un ignoto Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). La acción visibilizó una larga historia de desigualdades, injusticias y represión en Chiapas, al tiempo que se desarrollaba un conflicto armado con el gobierno mexicano. Pero este cuadro no explica por sí mismo el levantamiento, más aún cuando se ve tales infortunios como una constante en la historia chiapaneca. Esto nos obliga a dar cuenta de cambios y continuidades, procesos sociales y económicos, que moldean la historia de las comunidades indígenas y permiten entender el desarrollo de una resistencia y organización propias que nutren la experiencia zapatista. En este trabajo nos proponemos analizar algunos aspectos de las décadas previas al alzamiento de 1994, focalizando en el triángulo conformado por la ganadería extensiva, la colonización agraria y la disgregación comunal que moldeará las relaciones sociales resultando como emergente una nueva categoría de etnicidad y un sujeto colectivo mejor ubicado para enfrentar la

* FFyL-UBA.



coyuntura en ciernes. Así, capitalismo agrario, etnicidad y autonomía constituirán el nuevo triángulo donde se forje la ofensiva de varias comunidades chiapanecas y que prosigue en una suerte de “paz armada” hasta la actualidad.

Palabras Clave: Chiapas - EZLN - capitalismo agrario - comunidades indígenas - colonización agraria.

Abstract

On 1 January 1994, an armed movement in Chiapas led by an unknown Zapatista National Liberation Army (EZLN) surprised the world. The action saw a long history of inequalities, injustices and repression in Chiapas, while an armed conflict with the Mexican government developed. But this picture does not explain the uprising itself, especially when one sees such misfortunes as a constant in Chiapas history. This forces us to account for changes and continuities, social and economic processes, which shape the history of indigenous communities and allow us to understand the development of their own resistance and organization that nurture the Zapatista experience. In this paper we propose to analyze some aspects of the decades prior to the 1994 uprising, focusing on the triangle made up of extensive livestock, agrarian colonization and communal disintegration that will shape social relations resulting in emergence as a new category of ethnicity and subject collective best located to face the budding situation. Thus, agrarian capitalism, ethnicity and autonomy will constitute the new triangle where the offensive of several Chiapas communities is forged and continues in a sort of "armed peace" to the present day.

Key words: Chiapas - EZLN - agrarian capitalism - indigenous communities - agrarian colonization.



*Caminaremos entonces el mismo camino de la historia,
pero no la repetiremos.
Somos de antes, sí, pero somos nuevos.*
Subcomandante Marcos, 2001.

Introducción

El festejo del año nuevo de 1994 trajo algo más que la tradicional resaca. La prensa mundial informaba que un grupo de enmascarados salieron de la selva para ocupar el primero de enero una pintoresca ciudad colonial en un remoto estado mexicano. Este curioso debut del *Ejército Zapatista de Liberación Nacional* (EZLN), con su espectacular ofensiva en San Cristóbal de las Casas y otras localidades del estado de Chiapas, puso en primera plana la situación chiapaneca. En los días siguientes la prensa fue llenando el vacío informativo con algunos indicios de la historia de esta entidad del sudeste mexicano. Pero el interrogante sobre lo que se escondía detrás del pasamontañas de los rebeldes demandó respuestas más profundas y documentadas.

Las primeras interpretaciones coincidieron en indicar el corte abrupto que significaba la sorprendente irrupción neozapatista en Chiapas, señalando un antes y un después en la historia local. Sin embargo, otras voces con mayor esfuerzo de indagación intentaron una caracterización más elaborada: el episodio del primero de enero no era un punto de inicio, un “año cero” en la historia de las luchas sociales chiapanecas, sino un punto de llegada coronando una larga saga de luchas y resistencias que comenzó en la década de 1970, conjugando una etapa de alza de la agitación agraria en Chiapas y las transformaciones de la izquierda metropolitana mexicana luego de la matanza de Tlatelolco (1968).

En este artículo intentamos analizar el proceso de transformaciones de las comunidades indígenas chiapanecas que precede al escenario del pri-



mero de enero de 1994, focalizando en el triángulo conformado por la *ganadería extensiva*, la *colonización agraria* y la *disgregación comunal* que moldean las relaciones sociales en Chiapas. El período que nos proponemos abordar se extiende entre las décadas del cincuenta y del noventa del siglo XX, que sucede al ciclo cafetalero (del cual daremos cuenta en el siguiente apartado), postulando así que el origen de las transformaciones que conducen a la aparición pública del EZLN se remonta más atrás de lo que las primeras interpretaciones venían postulando.

El proceso que pretendemos analizar da por resultando una nueva categoría de etnicidad que puede ser entendida como un sujeto colectivo mejor ubicado para enfrentar la cambiante coyuntura local, nacional y global.

De los Altos a los cafetales

De conquista largamente prolongada a raíz de levantamientos sofocados, la *Provincia de Chiapa* formó parte de la Capitanía General de Guatemala y la Real Audiencia de los Confines. Tras la independencia integró las Provincias Unidas del Centro de América. Pero en 1824 la provincia de Chiapas decidió su unión a México, lo que abrió a los finqueros chiapanecos un modesto lugar en el desarrollo del mercado nacional. La elite local ladina mestiza quedó dividida en dos sectores rivales: los finqueros de tierras bajas, liberales, con centro en Tuxtla Gutiérrez, y los conservadores coletos de San Cristóbal de las Casas en los Altos¹, que disponían de la

¹ El término coletos hace referencia a los habitantes de San Cristóbal de las Casas, pero fue mutando hasta designar a la elite ladina de dicha ciudad, compuesta de grandes hacendados y comerciantes que ejercen un control paternalista sobre la población indígena, a la que explotan. Para la evolución del término *coletos*, véase Bermúdez, L. (2001) “¿Categoría étnica? ‘Los coletos’ y la designación de procesos de identidad social. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (México)”. En *Boletín AFEHC*, N° 50, 4 julio 2011. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2729 [visitado agosto de 2017]



mano de obra de las comunidades indígenas mayas (especialmente tzotziles, tzeltales y tojolabales), mayormente concentrados en tierras altas.

A mediados del siglo XIX algunos productos chiapanecos lograron cierto auge en el mercado internacional (cacao, caoba, algodón, azúcar, café). En paralelo, capitalistas y plantadores cafeticultores alemanes comenzaron a desplazarse de la Costa Cuca guatemalteca al Soconusco –la costa del Pacífico chiapaneco en disputa con Guatemala desde la separación de Chiapas de las Provincias Unidas– para ampliar sus negocios y escapar a la competencia belga y francesa. La llegada del capital alemán hacia 1870 reactivó en torno al café la economía local –que venía del reflujo de la producción de cacao– y, asociado al porfiriato, removió varios obstáculos a su despliegue: resolvió el problema limítrofe, mejoró las comunicaciones² y solucionó el problema de abastecimiento de mano de obra mediante el sistema de *enganchamiento* de mozos de los Altos³.

Gran parte de la demanda laboral de las fincas cafetaleras se abastecía de mano de obra temporaria (tres meses de intensa actividad). La escasa población del Soconusco practicaba una agricultura de dos siembras al año que le permitía una subsistencia sin necesidad de vender su fuerza de trabajo. Pero en los populosos Altos la tierra no permitía la autosuficiencia comunal, en especial por la expansión de los finqueros y comerciantes ladinos, quedando seis meses sin actividad y con necesidad de lograr otros ingresos. Así, la mano de obra indígena alteña estaba disponible tanto para las monterías⁴ de la selva como para las plantaciones cafetaleras de la costa⁵.

² Dos modestos puertos, compañías navieras alemanas y norteamericanas, ferrocarril Panamericano a Coatzacoatzcos.

³ Bartra, A. (1995). "Origen y claves del sistema finquero del soconusco". *Chiapas* N° 1 (pp. 29-52). México.

⁴ Las monterías eran explotaciones forestales en la selva lacandona, generalmente de empresarios españoles. Mediante el enganchamiento se reclutaba una masa laboral que quedaba virtualmente prisionera y esclavizada en la selva. Las monterías se nos presentan como arcaicas en lo laboral y extractivo, pero modernas en lo referido a mercados mundiales, empresa trasnacional y financiamiento intercontinental. Véase Aubry, A.



Pero los tiempos y necesidades indígenas no se acoplaban a los tiempos y necesidades de los plantadores alemanes, por lo que fue necesario un mecanismo compulsivo para fijar los momentos en que se produciría el trasvase de mano de obra y para establecer la regularidad del mismo cada temporada: el *enganchamiento*, el peonaje por deuda tan característico del porfiriato y que hizo de Chiapas un ejemplo obligado en estudios académicos sobre el período y el método.

La deuda, atávica carga del peonaje, se originó en los préstamos a cuenta de trabajo futuro. Los salarios eran muy bajos y, para que el esfuerzo rindiera, el trabajador necesitaba dejar unos pesos en su hogar al partir y -los que sobrevivían- pedir un anticipo que los obligaba a volver. En definitiva, el préstamo era parte del salario real, pero su incorporación al salario nominal privaría a los plantadores de esa herramienta legal para el enganche. Los plantadores se rasgaron las vestiduras por la “irresponsabilidad” de los trabajadores que tomaban deudas, pero de ningún modo estaban dispuestos a terminar con ese “flagelo” aumentando los salarios.

El enganche compulsivo requirió de intermediarios en los Altos: la elite *coleta*. Estos habilitadores y sus auxiliares se quejaron de aquellos indios que eludían su control y se contrataban por su cuenta, alimentando un indigenismo reaccionario que deploró los aspectos impersonales y poco paternalistas de la *esclavitud asalariada* en monterías y plantaciones⁶.

Con el despliegue del capitalismo en la región varios indios abandonaron su tradicional *hábitat* social para establecerse en las cosmopolitas Tuxtla Gutiérrez o Tapachula, y esto amenazaba con poner en duda la dis-

(2005). *Chiapas a contrapelo. Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica*. México: Contrahistorias-Centro Immanuel Wallerstein, p. 138.

⁵ Bartra, A. (1995). “Origen y claves del sistema finquero del soconusco”. Op. cit., pp. 29-52.

⁶ García de León, A. (1985). *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México: Era, pp. 189-190.



tinción *indio/no indio* y acelerar la “ladinización” de los indígenas. Así, las tensiones intraelite entre tierras bajas y altas se incrementaron. La afiliación porfirista de los hacendados de los valles permitió el traslado de la capital a Tuxtla Gutiérrez, mientras las leyes de amortización amenazaron con considerar baldías tierras comunales que los finqueros explotaban con el peonaje de sus legítimos dueños, y se favoreció el implante del capital alemán como tercer sector terrateniente. Se delinearon así tres zonas o tipos de economía (minifundio campesino indígena, latifundio “colonial” ladino y plantación capitalista con capital extranjero) que eran producto inacabado de diferentes acumulaciones históricas.

Hacia el cambio de siglo, el enganchamiento de “libre empresa” se vio desbordado por la demanda de las fincas y plantaciones. Entonces, el Estado se volvió el garante del flujo laboral, generando nuevas presiones sobre las comunidades y aplicando una *ley de vagos*⁷.

En este marco, recayó la reproducción de una mano de obra barata y accesible sobre la comunidad indígena de los Altos, y se fomentó un tipo de organización comunal favorable a perpetuar esta situación. Años después, la antropología funcionalista norteamericana de los años cincuenta se encargó de cristalizar –bajo la dirección de Evon Vogt de la Universidad de Harvard, y una veintena de tesis doctorales, veintisiete monografías y cientos de artículos– un modelo homeostático que explicó en términos corporativos y endógenos a las comunidades tzotzil-tzeltales entendidas como comunidades folk: el llamado “sistema de cargos” de la organización social y religiosa de las comunidades. Este sistema consistía en una estructuración donde cada varón joven de la comunidad puso su empeño en ascender en la estructura de cargos para terminar sus días como un

⁷ Rus, J. (2004). “Revoluciones contenidas: Los indígenas y la lucha por los Altos de Chiapas, 1910–1925”. *Mesoamérica* 46 (pp. 57–85). Guatemala, pp. 60-63.

⁸ Favre, H. (1973). *Cambio y continuidad entre los mayas de México. Contribución al estudio de la situación colonialista en América Latina*. México: Siglo XXI. p. 127.



“anciano respetable”. En realidad, como sostiene Favre⁸, este sistema era un producto tardío de la colonia que se forjó con la República y reflejó la complicidad de la sociedad colonizada y la colonizadora: brinda un refugio cultural indio frente al mundo exterior y reproduce la indianidad en condiciones de asimetría⁹. Pero si reponemos su vínculo con el contexto global de la sociedad chiapaneca, vemos que este sistema resultó el más apropiado para sacar provecho del campesino indígena: en su esfuerzo por lograr ingresos alternativos y ascender en la estructura de cargos, el indígena accedió a ingresar al circuito de trabajo temporario de plantación, mientras la reproducción corrió por cuenta propia y de la comunidad, al tiempo que mantuvo su parcela y el acceso a los bienes comunales, al tiempo que involucró a su familia en el esfuerzo por el prestigio social comunal. Por último, esta organización neutralizó el conflicto social y alentó identidades fragmentarias comunales (zinacantecos, chamulas, etc.) en desmedro de una identidad común de mayor envergadura (tzotziles, tzeltales, tojolabales, etc., o más aún como mayas o simplemente “indígenas”) lo que facilitó el control estatal y alejó los fantasmas de las explosiones de violencia como la *Guerra de Castas* de 1867¹⁰.

De tal modo, la iniciativa del capital alemán logró incorporar –en forma subordinada– a distintos sectores de la economía chiapaneca en un ambiente de tensión y conflicto social. Una complementariedad de tierras altas y bajas que conectó el espejismo de la autosubsistencia comunal y

⁹ Con la crisis del programa oficial indigenista en los años cincuenta, volcado hacia el interior de las comunidades, Vogt proclamó su neutralidad y reforzó su mirada introspectiva de las comunidades. Favre señaló con claridad las limitaciones del indigenismo estatal, mientras Jan Rus realizó una crítica al enfoque antropológico de Vogt, con quien se formara en Chiapas. Véase Favre, H. (1973). *Cambio y continuidad entre los mayas de México*. Op. cit, pp. 349-356 y Rus, J. (1983). “Antropología social en los Altos de Chiapas. Historia y bibliografía”. *Textual. Análisis del medio rural* N° 13, Vol. 4 (pp. 98-106). México.

¹⁰ Chiaradía, E. y Oberlin Molina, M. (2016). “Tres guerras chiapanecas en clave comunitaria: 1867, 1911, 1994”. Ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.



un polo agroexportador de capital extranjero con características de enclave asistido por el esfuerzo estatal. Los rasgos tradicionales de la sociedad chiapaneca permanecieron inalterables, lo mismo que el parasitismo ladino, siendo lo novedoso el aporte de una válvula de escape social en las tierras altas.

Revolución y contrarrevolución

La Revolución mexicana de 1910 supuso cierta amenaza para la elite chiapaneca. Sin embargo, su primer efecto fue acelerar el conflicto intraelite donde la tónica de ambos bandos ladinos fue adherir a aquellos programas revolucionarios metropolitanos que les asegurara la posibilidad de seguir desarrollando su propio proyecto de acumulación local sin alterar las estructuras sociales de producción.

Pero no todo era la apoteótica entronización del progreso ilimitado. En las primeras décadas del siglo XX hubo resistencia contra el reordenamiento que el capital trasnacional impuso en Chiapas. La agitación social que acompañó a la Revolución es el segundo efecto de la misma, y no dejó de constituir un intento de revolucionar Chiapas mediante proyectos políticos alternativos, incipientes, potenciales, finalmente derrotados y reprimidos.

La guerra civil entre tuxtlecos de los valles y los *coletos* de los Altos presentó una hendidura por donde se filtró en 1911 el descontento indígena: inicialmente movilizados por los coletos contra los tuxtlecos, el ejército indígena de *Pajarito* (Jacinto Pérez Chixtot) tomó venganza contra los hacendados de ambos bandos¹¹. En la costa, a pesar de que los indígenas de los Altos no otorgaban importancia a su estadia en los cafetales –y el ingre-

¹¹ Chiaradía, E. y Oberlin Molina, M. (2016). "Tres guerras chiapanecas...". Op. cit.



so que implicaba— por considerarlo culturalmente inferior al considerarse ellos como productores de maíz autosuficientes integrados a una determinada comunidad, también se manifestaron formas de resistencia y organización¹². Y esta agitación también se manifestó en la selva, donde se iniciaron rebeliones contra las monterías, conduciendo a la legendaria *Brigada Usumacinta* (1913)¹³.

Ante esto, los plantadores alemanes fueron proclives a una reforma agraria “preventiva” que disminuyera la conflictividad social y sirviera de reservorio de mano de obra. Pero la posición de finqueros y ganaderos fue más fuerte, y tomaron las armas (mapaches, pinedistas)¹⁴ para enfrentarse y negociar con la Revolución. Así, los conflictos rurales crecieron en los años treinta y la propuesta cardenista de extender el reparto agrario produjo en Chiapas enfrentamientos armados que se extendieron a los Altos y el norte, mientras la rígida política agraria del gobernador Victórico Grajales extendió el conflicto a zonas del Estado relativamente marginadas de la contienda agrarista¹⁵.

¹² Por ejemplo, la actividad magonista, el reprimido levantamiento de Tapachula, el primer sindicato y la primer huelga triunfante de cortadores provenientes de los Altos y de Guatemala (1918), finalmente la huelga de peones cafetaleros y la resistencia de los albañiles en a trabajar en las plantaciones bananeras de la norteamericana United Fruit Company (UFCO), que vino desplazando al capital alemán desde la Primera Guerra Mundial.

¹³ El caobero Luis Felipe Domínguez lideró la *Brigada Usumacinta*, que implicó un salto cualitativo en la lucha de los peones de monterías desde la ya mítica rebelión de Las Tinieblas (¿1904?) novelada por B. Traven. La *Brigada* logró destruir varios establecimientos y canceló las deudas de los peones; sin embargo, los empresarios madereros reorganizaron sus empresas.

¹⁴ En los Valles surgió una milicia mestiza al servicio de algunos finqueros para enfrentar las reformas sociales que impulsaba el carrancismo en 1914: la *División Libre de Chiapas*. Realizaron varios actos de vandalismo, por lo que fueron conocidos como “Mapaches”. Su líder, Tiburcio Fernández Ruiz, se acercó por oportunismo al villismo y luego al obregonismo. Mientras tanto, para defender los intereses de clase de los terratenientes alteños frente a la amenaza de la Revolución, la influyente familia Pineda organizó en 1916 la *Brigada Las Casas* con milicianos mestizos, alineándose inicialmente con los felicistas (del golpista Félix Díaz, sobrino de Porfirio) y pactando luego con Álvaro Obregón.

¹⁵ Marion Singer, M.-O. (1988). *El agrarismo en Chiapas (1524-1940)*. México: INAH, pp. 137-152.



En 1936 Erasto Urbina creó el Sindicato de Trabajadores Indígenas, formando una camada de sindicalistas indígenas que –alentados por el Sindicato– tomaron el poder en su región, desplazando a las autoridades ladinas locales¹⁶. El sindicato, si bien desarrolló cierta conciencia laboral, impidió la penetración de otras ideologías en los Altos y pretendió regular el “enganchamiento”, pero fue rápidamente cooptado por la elite coleta mediante caciques serviles y funcionarios de la entidad¹⁷.

Conjurado el riesgo de la Revolución, se mantuvo en Chiapas una especie de “apartheid” sudmexicano que generó el bienestar de la elite y llevó al Estado a ocupar los principales puestos en las estadísticas del subdesarrollo nacional¹⁸.

Pero contrastando con la creciente agitación social en la costa, las comunidades indígenas de los Altos se tornaron más conservadoras, más vulnerables y dependientes del circuito laboral cafetalero. Realizaron un repliegue sobre la propia comunidad para brindar refugio a sus miembros frente al “mundo exterior”, mientras las formas cacicales –autoritarias y corruptas– se consolidaron como precondition local del “enganche”. Así, la comunidad devino una herramienta efectiva para la realización del poder estatal en la región, que concurrió en defensa de estas autoridades cómplices.

Esto se reforzó con una identidad fragmentada que negaba no solo su identidad mayor de indígenas, como ya indicamos, sino también la de trabajadores rurales temporarios, precisamente la actividad que en forma creciente importaba para la reproducción del grupo familiar pero que resultó culturalmente irrelevante. Así, el arraigo de las ideas políticas y sindicales

¹⁶ González Esponda J. (2011). “Erasto Urbina y el primer despertar indígena del siglo XX” en *Anuario 2011 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica* (pp. 169-193). Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

¹⁷ García de León, A. (1985). *Resistencia y utopía*. Op. cit., p. 412. Favre, H. (1973). *Cambio y continuidad entre los mayas de México*. Op. cit., pp. 337-338.

¹⁸ Gilly, A. (1997). *Chiapas. La razón ardiente*. México: Era, pp. 43-55.



del Soconusco fue lento, no por falta de conocimiento o contactos sino por la peculiar forma que el sistema dual de la economía chiapaneca generó en los miembros semiproletarizados de dichas comunidades.

Cuando la absorción de mano de obra temporaria se redujo, las comunidades comenzaron a intensificar el uso de sus recursos y esto incrementó la estratificación social interna. Los que pudieron acceder a fertilizantes y herbicidas ampliaron su producción, mientras otros que no pudieron competir terminaron trabajando para los primeros o migrando. Las solidaridades internas se rompieron y el espejismo de la comunidad igualitaria se hizo añicos. La imagen idílica de la comunidad *folk* que minuciosamente elaborara y difundiera la antropología norteamericana, presentándonos un pueblo congelado en sus tradiciones, un pueblo sin historia, también se desplomaba. Y la construcción de lo étnico a partir de las políticas estatales que subordinaba lo indígena a lo nacional-mestizo hizo agua por todos lados. Los conflictos intracomunales se intensificaron, el Estado intervino a favor de la elite indígena y se produjeron expulsiones violentas, muchas veces bajo el manto de conflictos religiosos. Comenzó así la intensificación del largo éxodo a la selva prometida, como veremos mas adelante, y la conformación de una nueva etnicidad que proclamará su autonomía frente al estado.

Todo este proceso complejiza la imagen polarizada de la sociedad alteña chiapaneca entre ladinos explotadores e indígenas campesinos explotados. Si bien esta oposición es objetivamente válida y claramente observable, el proceso señalado al interior de las comunidades sumado a la pauperización de sectores rurales mestizos nos presentan un mosaico social en el cual operaron las transformaciones de la década de 1990, dando por resultado un renovado movimiento campesino.



De los Altos a la selva

Chiapas sufrió la crisis de 1929 y las medidas proteccionistas del primer productor cafetalero, Brasil. En el revés de trama, creció el desempleo, la servidumbre, la jornada de trabajo y la insurrección agraria. Sin embargo, echando mano a dosis crecientes de represión, el sistema se mantuvo hasta 1970. Pero ante el agotamiento del polo agroexportador se buscó un reemplazo en otros motores económicos: obras públicas, petróleo, construcción de presas hidroeléctricas, ganadería, turismo, crecimiento urbano. Estas actividades reencauzaron el circuito laboral temporario, en un contexto de crecimiento demográfico en las comunidades alteñas, hasta que la crisis de la deuda en 1982 implicó un recorte del gasto público con el incremento del desempleo como correlato, y un nuevo golpe para los pequeños productores cafetaleros se registró con la caída mundial del precio del café y el desmantelamiento del aparato estatal de apoyo a la cafeicultura¹⁹. En paralelo, el precio del maíz cayó en picada en este período, afectando fuertemente las condiciones de vida de las comunidades²⁰.

El despliegue de estas nuevas actividades no generó el desarrollo del empleo, pero sí un mayor despojo de las tierras de las comunidades. Se inició entonces un proceso de descampesinización (antecedido por una pretensión ya ensayada de desindianización), pero la población no encontró ubicación laboral en nuevas actividades, no hubo un proceso de proletarización en simultáneo.

¹⁹ Renard, M.-C. (1992). "Mercado mundial y economía regional. El café del Soconusco, México". *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, Vol. 2 (pp. 74-87). Reino Unido / EE. UU. Véase pp. 80-81 en relación a la política de Inmecafé (Instituto Mexicano del Café).

²⁰ Rus, J. (2005). "Adaptación local al cambio global: la reorganización de la sociedad indígena de los Altos de Chiapas en México, entre 1974 y 1994". *ContraHistorias*, N° 5 (pp. 7-28). México, pp. 16-20.



Cuando el ciclo iniciado por estas actividades económicas se cerró y, además, se incrementó la erosión de suelos con la construcción de represas²¹, la presión sobre la tierra aumentó y lo mismo ocurrió con la agudización de las contradicciones de clase y la radicalización del movimiento campesino²². Algunos distritos sufrieron enormemente las consecuencias de estos procesos, como en Chamula²³. En ese contexto, se incrementó la colonización agraria en la Selva lacandona, la parte oriental del estado cuya integración fue más lenta que el resto del territorio chiapaneco.

Pero en este proceso también actuaron los efectos de la nueva actividad económica dominante de la elite chiapaneca: la *ganadería extensiva*. Presente desde el siglo XVI, iniciando su fase expansiva en los años treinta, logró establecer un ciclo de más largo aliento tras la crisis del café. En los setenta Chiapas era el segundo estado ganadero del Sureste mexicano y el tercero nacional, destinándole un 42 % de su superficie. Este despliegue se puede entender como parte de un proyecto transnacional de búsqueda de espacios tropicales para la producción inducida de proteínas baratas para los países centrales, facilitando el consumo de la clase pudiente de esos países y manteniendo un nivel de vida aceptable para sus trabajadores (son “bienes-salarios” que abaratan los costos de la mano de obra), evitando así los conflictos sociales. Chiapas proveyó al enorme mercado de la ciudad de México para liberar al norte ganadero del país, que se orientó a abastecer a los Estados Unidos con carne Hereford²⁴.

²¹ Chiapas cuenta con cinco grandes represas (Malpaso, La Angostura, Chicoasén, Chicoasén II y Peñitas) que producen casi la mitad de la energía hidroeléctrica mexicana.

²² González Esponda, J. y Pólito Barrios, E. (1996). “Cronología. Veinte años de conflictos en el campo: 1974-1993”. *Chiapas* N° 2, México.

²³ Martínez, J. (2015). “Indígenas, campesinos y capitalismo: Una radiografía de San Juan Chamula, Chiapas”. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia*, Número 20 (2) (pp. 216-240). Barcelona.

²⁴ Fernández Ortiz, L. y Tarrío García, M. (1983). *Ganadería y estructura agraria en Chiapas*. México: UAM-Xochimilco, pp. 58-59 y 107-108.



La ganadería extensiva era un negocio fácil: permite una baja composición orgánica de capital; la tierra representa poco más de la mitad del capital y con el ganado alcanza el 90 %; las inversiones iniciales son en pies de cría; el capital se va multiplicando con mínimos gastos, de ahí que la ganancia sea una especie de renta de la tierra; y hay suculentos créditos del Banco Mundial para vientres y sementales. Así, la ganadería se tornó el refugio cómodo de estas burguesías dependientes sin alternativas, obligadas a reproducirse sobre el sector primario y que no resisten la competencia de los países centrales en la industria. Ya no se trataba del clásico rancho, sino de profesionales, comerciantes, burócratas y políticos que comprometieron sus ahorros. Además, la diversidad de sujetos implicados reforzó el poder político ganadero.

El ganadero que renta tierras al campesino para sus cultivos de subsistencia le exige desmontarlo y enzacatarlo²⁵, un trabajo no remunerado del que se apropia el patrón en razón de su propiedad sobre la tierra. Para el engorde se aprovechan de los pastos ejidales mediante ilegales “contratos de asociación en participación”. Entonces:

la penetración del capitalismo en el campo a través de la ganadería presenta características más acordes con la “vía clásica” que las presentadas por la agricultura en estas regiones, en cuanto que la ganadería tiende más al despojo del campesino, sin ofrecerles mayores alternativas de sobrevivencia ni de empleo²⁶.

Las posibilidades de pequeños campesinos y ejidatarios para incorporarse a la actividad son mínimas. La producción lechera —que demandaba cierta especialización, más mano de obra y mayores costos de producción

²⁵ Sembrar con pastos para la ganadería. Zacate es el nombre genérico de diferentes especies vegetales, proviene del náhuatl *zacatl*.

²⁶ Fernández Ortiz, L. y Tarrío García, M. (1983). *Ganadería y estructura agraria en Chiapas*. Op. cit., pp. 137-138.



y por ello es más común en ranchos pequeños con trabajo familiar— estaba muy vinculada a las posibilidades del mercado, integrándose a las redes de Nestlé, que se lleva el 70 % de la leche, quedando 7 % para consumo y 32 % para pequeñas industrias queseras. Los becerros eran vendidos al destete por la falta de recursos para completar el ciclo productivo y la producción de los ejidos ganaderos apenas rendía para aliviar gastos, llegando a comerse los pies de cría por necesidad²⁷.

En definitiva, la ganadería extensiva vino a agravar las condiciones de vida de las comunidades y rompió el equilibrio asimétrico de la explotación agrícola capitalista²⁸, además de resultar inútil todo intento de sumarse a la actividad, colocando un claro límite a la única válvula de escape al conflicto social en Chiapas: la colonización rural. Fue una amenaza a la vida misma de las comunidades. Selva y “población excedente” serán los obstáculos a remover en la empresa carnicera de la elite chiapaneca.

Años después (2015), este proceso fue evocado por la comandancia del EZLN en un seminario realizado en el Caracol de Oventik, territorio zapatista:

¿Para qué sirven esas miles y miles de hectáreas de buenas tierras para ellos? Es para tener miles y miles de cabezas de ganado, vacas. ¿Cómo es que pudieron mantener allí a lo largo de muchos años? Porque tienen buenos pistoleros, que nosotros les decimos guardias blancas, que no nos dejan pasar en sus terrenos, en la tierra que decían que es de ellos²⁹.

Este desarrollo de la ganadería extensiva se dio en un momento que a nivel nacional el movimiento campesino entró en una fase de reflujo. Sin

²⁷ *Ibidem*, pp. 90-91 y 100-103.

²⁸ Villafuerte Solís, D. y García Aguilar, M. (2006). “Crisis rural y migraciones en Chiapas”. *Migración y Desarrollo* N° 6 (pp. 129-130). Zacatecas.

²⁹ Comandante Insurgente Moisés (2017). “Economía política I: Una mirada desde las comunidades zapatistas” en AAVV. *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista / 1* Buenos Aires: El Colectivo / Tinta Limón / América Libre / Red de Solidaridad con Chiapas, p. 86.



embargo, en Chiapas y otros estados del sur resurgió con fuerza dicho movimiento³⁰. Durante el sexenio echeverrista (1970-1976) el movimiento campesino chiapaneco tomó un carácter semiinsurreccional y espontáneo³¹. Todo este movimiento ascendente se expresó en un proceso de acercamiento y rechazo de las organizaciones nacionales (que se vieron atraídas por este grado de movilización) y en la gestación de organizaciones independientes: primero locales y distritales, luego con cobertura en gran parte del estado (OCEZ, ANCIEZ, ARIC)³². Estas organizaciones coordinaron la lucha, extendiéndola a nuevos rincones y generando un asedio permanente de Tuxtla Gutiérrez con sus protestas que, incluso, llegaron hasta el propio Distrito Federal³³.

Las organizaciones políticas nacionales ingresaron a Chiapas sin prestar atención a la organización autóctona preexistente, ni a las demandas originales, ni a su característica étnica³⁴. Sus modelos organizativos fraccionaron el movimiento campesino según los avatares y debates de la izquierda nacional y mundial. Pero, al ser formas y demandas externas, no calaron del todo en la conciencia indígena que se mantuvo fiel a la lucha por la tierra a la par que asimiló ciertas influencias de los “norteños”.

Señalamos anteriormente que el desplazamiento de la comunidad tradicional produjo un desplazamiento de población en los años siguientes. La

³⁰ Bartra, A. (1992). *Los herederos de Zapata*. México: Era.

³¹ Las llamadas “guerra de castas” de los comuneros de Venustiano Carranza; el violento despertar de los chamulas y el levantamiento de San Andrés Larráinzar; el resurgimiento de la lucha agraria de los mestizos de la Frailesca y la movilización al Distrito Federal de mil campesinos de Tonalá en 1975, entre otros ejemplos de todo el estado.

³² Organización Campesina Emiliano Zapata (OCEZ), Alianza Nacional Campesina Independiente Emiliano Zapata (ANCIEZ) y Asociación Regional de Interés Colectivo (ARIC).

³³ Harvey, N. (1995). “Reformas rurales y rebelión zapatista: Chiapas 1988-1994” en Jane-Dale Lloyd, J.-D. y Pérez Rosales, L. (coords.). *Paisajes rebeldes. Una larga noche de rebelión indígena*. México: UIA, pp. 211-237.

³⁴ Renard, M. C. (1997). “Movimiento campesino y organizaciones políticas: Simojovel-Huitiupan (1974-1990)”. *Chiapas* N° 4. México.

misma presentó tres vías clásicas de escape: a) la incorporación a la economía informal en los arrabales de San Cristóbal y otras ciudades, lo que permitió reorganizar la comunidad y reflotar las formas de solidaridad y cooperativismo comunitario que van desapareciendo en la comunidad tradicionalista de origen³⁵; b) la colonización agrícola, particularmente en la selva Lacandona, permitiendo la conformación de comunidades con similares características que las urbanas pero más intensas³⁶, y c) el trabajo temporario en sitios cada vez más alejados (Cancún y el DF a mediados de los ochenta, California y Florida en los noventa)³⁷, alterando la organización familiar³⁸.

En los Altos recrudecieron en los años setenta los conflictos por las tierras y el control de los municipios. Y estas luchas indígenas tuvieron como blanco de sus acciones a los caciques cooptados por el Estado y a los comerciantes ladinos, que en muchos casos optaron por retirarse a la ciudad. Sin embargo, esta “reindianización” de los Altos –como la llama Juan Viqueira–³⁹ permitió un relativo acceso a la tierra en zonas donde ésta bajó su precio, pero el gran negocio siguió siendo el abasto de mercaderías en la zona, actividad que continuó en manos de los ladinos. Por otra parte, la retirada de los ladinos de los pueblos (manejando sus negocios desde la ciudad) no implicó una democratización de los municipios. Todo esto fue alentando el traslado de los municipios a los centros urbanos aledaños, conformando nuevos barrios indígenas urbanos.

³⁵ Barón, J. (1995). “Chiapas: una experiencia inédita”. *América Libre* N° 8 (pp. 66-69). Buenos Aires. Aubry, A. (2005). *Chiapas a contrapelo*. Op. cit., pp. 172-175.

³⁶ De Vos, J. (1994). “Reportaje a Jan de Vos”. *Topodrilo* N° 32. México.

³⁷ Rus, J. (2005). “Adaptación local al cambio global...” Op. cit., p. 22. Duarte, R. y Coello, T. (2007). *La decisión de Marcharse. Los pueblos indígenas migrantes de Guatemala y Chiapas*. Guatemala: Conserjería en Proyectos, pp. 47-57.

³⁸ El análisis de esta tercera vía excede los alcances de este trabajo. Pero puede consultarse Villafuerte Solís, D. y García Aguilar, M. (2006). “Crisis rural y migraciones en Chiapas”. Op. cit., pp. 102-130.

³⁹ Viqueira, J. (2004). “Los Altos de Chiapas: una introducción general” en Viqueira, J. y Ruz, M. (Eds.). *Chiapas: los rumbos de otra historia*. México: UNAM, p. 226.



En el caso de la selva, el gobierno la abrió en los cuarenta a solicitantes de Chiapas, Tabasco, Michoacán, Guerrero y otros estados para no afectar a los latifundistas en las regiones de origen⁴⁰. Los colonos fueron con la idea de tierras accesibles y fértiles, pero la tenencia les demoró años y la tierra fue muy fértil al inicio y luego presentaba una caída imparable. El reparto fue una estafa, y las superposiciones en la dotación generaron permanentes amenazas de desalojo a partir de 1970. De esta forma:

[I]a colonización desplaza hacia el futuro –gracias a un desplazamiento geográfico de población– contradicciones en la sociedad cuya solución requiere en el fondo cambios en la estructura económica mediante una acción política⁴¹.

Pero, originalmente, la selva Lacandona era la única zona donde no había fincas ni peones acasillados, ni graves problemas agrarios; no existía la opresión de la estructura tradicional y el caciquismo. Así, la colonización moldeó un nuevo tipo de indígena y de campesino⁴². Se instalaron en grupos homogéneos, alentados por la acción pastoral de la Diócesis de San Cristóbal y de iglesias evangélicas. Los católicos vieron la colonización como una peregrinación de la esclavitud a la tierra prometida, y leían con los campesinos el Éxodo: Moisés sacando a su pueblo de Egipto. Los protestantes, que llegaron cuando la situación empeoraba, recurrieron al Apocalipsis: el fin de los tiempos y la conversión para la salvación. La oleada de los sesenta contenía muchos alteños evangelistas expulsados

⁴⁰ De ahí los nombres de los asentamientos: *Morelia, Chihuahua, Poza Rica*, etc.

⁴¹ Preciado Llamas, J. (1978). "Reflexiones teórico-metodológicas para el estudio de la colonización en Chiapas". En AA.VV., *Economía campesina y capitalismo dependiente*. México: UNAM, p. 62.

⁴² Para un interesante análisis de la imbricación entre ambas categorías, postulando la idea de *campesindios*, véase Bartra, A. (2010). "Campesindios: Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado". Memoria N° 248 (pp. 4-13). México. Las categorías de *indígena* y *campesino*, si bien no son coincidentes, suelen estar imbricadas. Armando Bartra propone la categoría de *campesindio* para referirse al campesinado latinoamericano, ya no solo como un *ethos*, sino como *clase*, reivindicando "la indianidad como seña identitaria y la descolonización como consigna" (p. 12).



(Chamula) y de ellos provienen *Jerusalén, Jericó, Betania*, etc⁴³. A fines de los setenta van a la selva como una salida esperanzadora: *El Triunfo, La Esperanza, El Porvenir*⁴⁴. Poco a poco van incorporando elementos distintos, indígenas o mestizos: forjando una “nueva etnicidad” –al decir de Jan de Vos–⁴⁵ que rompió con la etnicidad tradicional fomentada por el Estado a la vez que generó una nueva identificación como “pueblo” en la frontera agrícola:

Para poder entender que en Chiapas un movimiento indígena se levante en armas para rechazar los términos del Tratado de Libre Comercio y no para reestablecer el uso del “tzolkin” (calendario ritual maya que se usaba con fines de adivinación) o para reivindicar los sistemas de cargos cívicos-religiosos, es necesario reconocer las distintas maneras de ser indígena como producto de una compleja historia de resistencia y dominación⁴⁶.

Este nuevo sujeto –el colono– compró vacas, realizó cultivos nuevos, exportó, pagó asesores y practicó una comercialización alternativa, posibilidades impensadas en la comunidad tradicional. Pero el aislamiento de la selva lo separó de recursos y servicios que antes tenía en su comunidad de origen, lo que fomentó la organización colectiva de los territorios.

Amenazas de desalojo y dificultades para comercializar provocaron un desencanto creciente y, en el desamparo total, nació la ira. Con el decreto de la *Comunidad Lacandona* en 1972, más de la mitad de poblados se negaron a ser trasladados, iniciando un conflicto que duró 15 años y que empalma luego con nuevas luchas, las del presente⁴⁷.

⁴³ Hernández Castillo, R. (2004). “De la sierra a la selva: identidades étnicas y religiosas en la frontera sur”. En Viqueira, J. y Ruz, M (Eds.). *Chiapas: los rumbos de otra historia*. Op. cit., pp. 418-418.

⁴⁴ Barón, J. (1995). “Chiapas: una experiencia inédita”. Op. cit. Aubry, A. (2005). *Chiapas a contrapelo*. Op. cit., pp. 182-184.

⁴⁵ De Vos, J. (1994) “Reportaje a Jan de Vos”. Op. cit.

⁴⁶ Hernández Castillo, R. (2004). “De la sierra a la selva: identidades étnicas y religiosas en la frontera sur”. Op. cit., p. 421.

⁴⁷ En 1972 Luis Echeverría crea la *Comunidad Lacandona*, otorgando 614 mil hec-



En 1974 se realizó el *Primer Congreso Indígena* por los 500 años del natalicio de Bartolomé de las Casas. Encomendado por la gobernación a la Iglesia, se trabajó con el ancestral método de sembrar y cosechar la palabra, con dirigentes democráticamente electos y que mandan obedeciendo, algunos de ellos formados en los nuevos programas gubernamentales que fomentaban el la conservación de la cultura indígena ahora concebida como “culturas populares”. Varios eran jóvenes provenientes de zonas de colonización agraria donde convivían poblaciones de diferentes lenguas indígenas, por lo que actuaban de intérpretes no solo con el idioma castellano sino entre las distintas etnias⁴⁸.

La denuncia de la situación de la tierra y la ocupación municipal por los chamulas motivó el retiro de los funcionarios, lo que afectó un poco a las comunidades que aún esperaban algo del gobierno; pero ya comenzaba a esbozarse el camino de la autoorganización. A pesar de la represión y la cooptación, el impulso de este Congreso logró cimentar varias organizaciones y su influencia siguió creciendo bajo tierra, resultando un punto de inflexión en la larga saga de la resistencia chiapaneca. El paso siguiente

táreas a 66 familias -330 individuos- de indios lacandones (descendientes de aquellos perseguidos por los españoles en el siglo XVI), dejando fuera a más de 3.000 familias choles y tzeltales (71.000 personas) con derechos anteriores a su decreto. Con la excusa de la “reparación histórica” se garantizaba el monopolio forestal de la paraestatal COFALASA (los lacandones colocaron sus huellas digitales en los documentos), mientras los lacandones veían destruida su forma de vida al ser entregados a la nociva acción misionera de los Adventistas del Séptimo Día. El hacinamiento “civilizado” les provocó enfermedades que consumieron los ingresos del comercio, turismo y contraprestación de COFOLASA. Pero la situación los llevó a sumarse a movimientos reivindicativos indígenas junto a otros habitantes de la selva, es decir que en un corto período vivieron intensamente la explotación y aculturación que tenía lugar hace siglos en el resto de Chiapas, iniciando una nueva fase de resistencia. Véase González Esponda, J. y Pólito Barrios, E. (1996). “Cronología. Veinte años de conflictos en el campo: 1974-1993”. Op. cit. y García de León, A. (1985). *Resistencia y utopía*. Op. cit.

⁴⁸ Véase García de León, A. (1995). “La vuelta del Katún (Chiapas: a veinte años del Primer Congreso Indígena)”. *Chiapas* N° 1, Op. cit. y también Escalona Victoria, J. L. (1998). “Construcción de la etnicidad y transformaciones del Estado en Chiapas”. Ponencia presentada en el Congreso de LASA. Chicago, p. 3. Disponible en https://www.academia.edu/17842098/Construcci%C3%B3n_de_la_etnicidad_y_transformaciones_del_Estado_en_Chiapas [visitado agosto de 2017]



vino con la movilización en torno a los 500 años de la llegada de los españoles.

Para ese entonces, el pequeño grupo guerrillero de las *Fuerzas de Liberación Nacional* (germen del EZLN), que se había instalado en la selva y fuera atacado por el ejército, logró hacer pie en las comunidades. Pero también las propias comunidades recurrieron a las armas como forma de autodefensa frente a la guerra en sordina que contra ellas desatan los hacendados con el beneplácito gubernamental. Y una vez logradas las armas mediante el hurto a las guardias blancas de los hacendados o la compra por la ruta del contrabando Yucatán-Cuba, las comunidades buscaron el vínculo con el diezmado reducto guerrillero venido del Norte al caer la noche en Tlatelolco⁴⁹.

Pero estas nuevas comunidades también influyeron en las comunidades tradicionales, al calor de la lucha por la tierra y los conflictos internos en las comunidades alteñas.

En los primeros noventa, los nuevos movimientos hicieron hincapié en la reivindicación y la identificación como indígenas (*Xi'Nich* resultó característico), reclamando respeto a su diferencia y modo de organización propio, para colocar detrás toda una cadena de antiguas reivindicaciones: tierra, libertad a los presos, incremento de obras públicas, terminar con la marginación, justicia, etc. Así, se incrementó la mística en las formas de protesta, como la marcha Abuxu (hormiga nocturna) de 1993 donde campesinos de Tila, Sabanilla y Yajalón caminaron de noche con antorchas y llegaron a Tuxtla 19 días después, realizando un plantón. La Ley Agraria Revolucionaria zapatista, dada a conocer en diciembre de ese año pero elaborada en los años previos a la insurrección zapatista, expresa este giro en la

⁴⁹ De Vos, J. (2002). *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona*. México: CIESAS-FCE, pp. 329 y 332.



organización campesindia chiapaneca⁵⁰, encontrando plena expresión con el surgimiento público del zapatismo poco después.

Este giro en las organizaciones independientes reflejó un doble proceso: uno endógeno, iniciado con la colonización de la Selva y la agitación del ya mítico Congreso Indígena, y un segundo proceso conectado con cambios producidos a nivel mundial, los preparativos por los 500 años de la llegada española a este mundo y el impulso del movimiento indígena ecuatoriano; ambos movimientos confluyeron en esta construcción de una etnicidad renovada y renovadora, una suerte de etnogénesis al calor de la lucha rural y la ruptura de un indigenismo manipulado por el estado y por una elite indígena tradicional. Y este proceso condujo directamente a la conformación del EZLN.

Pero la amenaza que la ganadería importó para las comunidades se agravó con el despliegue de distintos intereses en la selva. Recordemos que se trata de la segunda selva tropical de Latinoamérica, con un macizo forestal, un tercio de los recursos de agua dulce de México, genera más del 30% de la energía eléctrica del país y guarda grandes reservas de petróleo, gas, uranio, hierro, aluminio y cobre⁵¹.

El presidente Luis Echeverría (1970-1976) atendió intereses madereros al crear la Comunidad Lacandona. Su sucesor, José López Portillo (1976-1982), se ocupó del petróleo bajo el manto de la protección natural⁵². El salinato (Carlos Salinas de Gortari, 1988-1994) intentó conciliar los intereses petroleros (que conllevan deforestación), la atención a la biodiversidad (materia prima estratégica de la ingeniería genética) y el ecoturismo (que

⁵⁰ EZLN (1993). "Ley Agraria Revolucionaria". *El Despertador Mexicano*, órgano Informativo del EZLN N° 1. México.

⁵¹ González Esponda, J. y Pólito Barrios, E. (1996), "Cronología. Veinte años de conflictos en el campo: 1974-1993". Op. cit. y Ceceña, A. E. y Barreda, A. (1995). "Chiapas y sus recursos estratégicos". *Chiapas* N° 1, Op. cit.

⁵² Zona de Protección Forestal y Reserva Integral de la Biosfera "Montes Azules", en 1978.



también tiene su página de sangre, como las matanzas de Chilón en 1985-1986). Se protegieron áreas de selva con ruinas clásicas (Lacantún, Bonampak y Yaxchilán) donde no hay petróleo; se proyectaron represas en el Usumacinta que convertiría al río en lago, desplazaría poblados, erosionaría suelos y sumergiría ruinas clásicas (Piedras Negras y Yaxchilán). Además, el ejército y los paramilitares expulsaron a la población y provocaron incendios forestales.

Este choque múltiple de intereses coincidió en el interés superior de vaciar la zona, y la presión de los ambientalistas condujo a una veda forestal total que afectó el uso doméstico de madera. Este ecologismo reaccionario y empresarial provocó choques entre pobladores y guardias forestales y policías, y se inició el retiro de la ayuda institucional a las comunidades. El aumento de población (a la que se sumó los desplazados por la guerra guatemalteca desde los ochenta y la chiapaneca desde 1995) aceleró el desmonte y la baja de rendimientos, combinándose con la caída del precio del café, los programas oficiales que no lograron resolver la situación y la reforma salinista al artículo 27 constitucional del 3 de enero de 1992, que creó las condiciones para parcelar las tierras y enajenarlas⁵³.

Conclusiones

En síntesis, podemos indicar que la agricultura capitalista moldeó una especialización regional en Chiapas, ocupando las mejores tierras y adaptando las economías campesinas donde se reproduce la mano de obra temporal que necesita, inaugurando así un largo ciclo de expansión con el

⁵³ Díaz-Polanco, H. (1997) *La rebelión zapatista y la autonomía*. México: Siglo XXI. Pág. 131. También, Harvey, N. (2004) "Rebelión en Chiapas: reformas rurales, radicalismo campesino y los límites del salinismo", en: Viqueira, J. y Ruz, M, op. cit. Pp. 477-479.



café como producto emblemático. Se estableció un relativo equilibrio basado en relaciones asimétricas y de explotación, a la par que la tenaz defensa de los intereses de clase permitió desviar los impulsos revolucionarios. Pero este modelo no logró desarrollar formas de recambio, de modo que solo se sostuvo –cuando comenzó a hacer agua– con represión. No pudo evitar así el crecimiento de la sindicalización y el agrarismo, y resultó impotente frente al desgarramiento de la comunidad tradicional que garantizaba la reproducción de la mano de obra.

Ahora bien, los motores alternativos no logran reencauzar el sistema y se alentó la colonización agraria como válvula de escape social, a la par que la ganadería extensiva vino a romper este equilibrio ya que prescindió de mano de obra y compitió con ella por las nuevas tierras, es decir que fue un impulso contrario a la colonización que se pretendía como paliativo. Se sumaron otras amenazas en la selva referidas a distintas actividades y negocios, pero todas ellas coincidentes en vaciar el territorio, al igual que la ganadería extensiva.

La crisis de la comunidad tradicional abrió lugar a otra comunidad que es el revés de trama de aquella refuncionalizada para servir al Estado, los finqueros y los plantadores. Conllevó un nuevo sujeto y una nueva organización que se reconocieron a sí mismos en el Congreso Indígena de 1974. El EZLN es un producto acabado de todo este proceso, con un poder basado en las asambleas locales y un transitar político escalonado, sembrando la palabra, opuesto a la delegación de poder para “ahorrar tiempo”. Así, el EZLN planteó el camino largo de las consultas de base en las negociaciones, acompañando la consolidación del CEOIC⁵⁴ y los Consejos Supre-

⁵⁴ Consejo Estatal de Organizaciones Indígenas y Campesinas de Chiapas. Fue promovido por el gobierno federal reuniendo a 280 organizaciones campesinas chiapanecas como forma de dividir a los campesinos y restar apoyo al EZLN, pero el CEOIC hizo público su adhesión a los planteos del EZLN, señaló conductas de zapatistas contra los que no simpatizaban con ellos en zonas liberadas (observación atendida por el EZLN) y participó del mitin en el Zócalo por el 65° aniversario del asesinato de Zapata.



mos tzeltales y tzotziles, herederos directos del FOSCH-500 años⁵⁵, y este –a su vez– del impacto del Congreso de 1974⁵⁶.

Esta crisis también alimentó un proceso diverso que liberó al colono de la doble condición que la agricultura capitalista impuso: la de indígena “tradicional” (atado a caciques corruptos y “protectores” ladinos) y la de trabajadores temporarios (que implica una supervivencia precaria), proceso que operó al interior de las comunidades y en la implantación en la selva, retomando, transformando y fortaleciendo la organización sindical y agrarista en todo Chiapas. Esto rompió con la tradicional lectura de la modernidad occidental que ve el avance histórico –el progreso– sólo posible renunciando a las tradiciones, postulando por el contrario una acción política que rescata los elementos rebeldes y transformadores de la tradición, tal como analizara José Carlos Mariátegui⁵⁷ y luego Edward P. Thompson⁵⁸.

Ante esto, el gobierno ofreció represión y el “maoísmo pronasolero”⁵⁹ que procuró bloquear el desarrollo de organizaciones independientes. Tras la reforma del artículo 27 parecía que todos los caminos se cerraban; se agotaban las vías pacíficas y sólo quedaban las armas. Muchos vieron el 1° de enero como si se cumpliera una ancestral profecía, anunciando la vuelta del Katún⁶⁰. Esto tiende a resaltar las continuidades o, al menos, a desdorar la importancia de los cambios producidos. No era algo improvisa-

⁵⁵ Frente de Organizaciones Sociales por los 500 años de Lucha y Resistencia del Pueblo Chiapaneco, integrado por numerosas organizaciones como la Asociación Rural de Interés Colectivo - Unión de Uniones ejidales (ARIC-UU), OCEZ, CIOAC, etc.

⁵⁶ Héau-Lambert, C. y Rajchenberg, E. (1996). “Historia y simbolismo en el movimiento zapatista”. *Chiapas* N° 2. Op. cit.

⁵⁷ Mariátegui, J. C. (1959). “Heterodoxia de la tradición” en *Peruanicemos al Perú*. Lima: Editora Amauta.

⁵⁸ Thompson, E. (1989). *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.

⁵⁹ Numerosos intelectuales y cuadros políticos provenientes del maoísmo nutrieron los programas salinistas de ayuda social como herramienta de control social y corrupción, tal el caso del Programa Nacional de Solidaridad (PRONASOL).

⁶⁰ El *katún* es un ciclo de veinte años en el calendario y la cronosofía maya. El levantamiento de 1994 ocurre al término del *katún* del Congreso Indígena de 1974. Véase García de León, A. (1995). “La vuelta del Katún”. Op. cit.



do –fruto del asedio de los poderosos o mero instinto de rebeldía– ni tampoco un rutinario cumplimiento de la profecía:

tenían muchos años preparándose para cuando el horizonte se cerrara. Se habían dotado de una dirección política colectiva muy capaz y de un proyecto. Contaban con una concepción de la historia nacional, con organización, entrenamiento, armas, liderazgo y razones. Decidieron que el momento había llegado. Se fueron a la revolución⁶¹.

Creciendo sobre bases propias, explotando los aportes cosmopolitas y singulares de la modernización del Soconusco, la tradición de resistencia indígena y el trabajo pastoral, el movimiento campesino e indígena de Chiapas produjo una apropiación de la historia revolucionaria mexicana, revolución de la que Chiapas fue una excepción, pero devino su mejor hermenauta y un preclaro exegeta, transformando el concepto tradicional de etnicidad y generando un discurso capaz de integrar al conjunto de la sociedad mexicana e, incluso, de interpelar a un amplio movimiento de resistencia a nivel mundial⁶².

Así, el pasamontañas que hacía su espectacular irrupción en la prensa mundial aquel primer día del año 1994 ocultaba el nuevo rostro del movimiento campesindio chiapaneco, forjado en una larga saga de represión y resistencia.

Bibliografía

– AA.VV. (2017). *El pensamiento crítico frente a la hidra capitalista/1*.

⁶¹ Jiménez Ricárdez, R. (1996). “Las razones de la sublevación”. *Chiapas* N° 3, Op. cit.

⁶² Aguirre Rojas, C. A. (2015). “El significado del neozapatismo mexicano dentro de los movimientos antisistémicos actuales”. *Teoría y Praxis* N° 27, año 13 (pp. 3-29). San Salvador.



Buenos Aires: El Colectivo / Tinta Limón / América Libre / Red de Solidaridad con Chiapas.

– Aguirre Rojas, C. A. (2015). “El significado del neozapatismo mexicano dentro de los movimientos antisistémicos actuales”. *Teoría y Praxis* N° 27, año 13 (pp.3-29). San Salvador.

– Aubry, A. (2005). *Chiapas a contrapelo. Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica*. México: Contrahistorias-Centro Immanuel Wallerstein.

– Bermúdez, L. (2001). “¿Categoría étnica? ‘Los coletos’ y la designación de procesos de identidad social. San Cristóbal de Las Casas, Chiapas (México)”. *Boletín AFEHC* N° 50. Disponible en: http://afehc-historia-centroamericana.org/index.php?action=fi_aff&id=2729 [visitado agosto de 2017]

– Barón, J. (1995). “Chiapas: una experiencia inédita”. *América Libre* N° 8 (pp. 66-69). Buenos Aires.

– Bartra, A. (1992). *Los herederos de Zapata*. México: Era.

– Bartra, A. (1995). “Origen y claves del sistema finquero del soconusco”. *Chiapas* N° 1 (pp. 29-52). México.

– Bartra, A. (2010). “Campesindios: Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado”. *Memoria* N° 248 (pp. 4-13). México.

– Ceceña, A. E. y Barreda, A. (1995). “Chiapas y sus recursos estratégicos”. *Chiapas* N° 1. México.

– Chiaradía, E. y Oberlin Molina, M. (2016). “Tres guerras chiapanecas en clave comunitaria: 1867, 1911, 1994”. Ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología. La Plata: Universidad Nacional de La Plata

– De Vos, J. (1994). “Reportaje a Jan de Vos”. *Topodrilo* N° 32. México.

– De Vos, J. (2002). *Una tierra para sembrar sueños. Historia reciente de la Selva Lacandona*. México: CIESAS-FCE.

– Díaz-Polanco, H. (1997). *La rebelión zapatista y la autonomía*. México: Siglo XXI.



- Duarte, R. y Coello, T. (2007). *La decisión de Marcharse. Los pueblos indígenas migrantes de Guatemala y Chiapas*. Guatemala: Conserjería en Proyectos.
- Escalona Victoria, J. L. (1998). “Construcción de la etnicidad y transformaciones del Estado en Chiapas”. Ponencia presentada en el Congreso de LASA.Chicago. Disponible en: https://www.academia.edu/17842098/Construcci%C3%B3n_de_la_etnicidad_y_transformaciones_del_Estado_en_Chiapas [visitado agosto de 2017]
- EZLN. (1993). “Ley Agraria Revolucionaria”. *El Despertador Mexicano*. Órgano Informativo del EZLN, N° 1. México.
- Favre, H. (1973). *Cambio y continuidad entre los mayas de México. Contribución al estudio de la situación colonialista en América Latina*. México: Siglo XXI.
- Fernández Ortiz, L. y Tarrío García, M. (1983). *Ganadería y estructura agraria en Chiapas*. México: UAM-Xochimilco.
- García de León, A. (1985). *Resistencia y utopía. Memorial de agravios y crónica de revueltas y profecías acaecidas en la provincia de Chiapas durante los últimos quinientos años de su historia*. México: Era.
- García de León, A. (1995). “La vuelta del Katún (Chiapas: a veinte años del Primer Congreso Indígena)”. *Chiapas N° 1*. México.
- Gilly, A. (1997). *Chiapas. La razón ardiente*. México: Era.
- González Esponda, J. (2011). “Erasto Urbina y el primer despertar indígena del siglo XX”. *Anuario 2011 del Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica* (pp. 169-193). Tuxtla Gutiérrez: Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.
- González Esponda, J. y Pólito Barrios, E. (1996). “Cronología. Veinte años de conflictos en el campo: 1974-1993”. *Chiapas N° 2*. México.
- Harvey, N. (1995). “Reformas rurales y rebelión zapatista: Chiapas 1988-1994” en Lloyd, J-D. y Pérez Rosales, L. (coords.). *Paisajes rebeldes*.



Una larga noche de rebelión indígena (pp. 211-237). México: UIA, serie Historia y Gráfica.

– Harvey, N. (2004). “Rebelión en Chiapas: reformas rurales, radicalismo campesino y los límites del salinismo” en Viqueira, J. y Ruz, M. (Eds.). *Chiapas: los rumbos de otra historia*. México: UNAM.

– Héau-Lambert, C. y Rajchenberg, E. (1996). “Historia y simbolismo en el movimiento zapatista”. *Chiapas* N° 2. México.

– Hernández Castillo, R. (2004). “De la sierra a la selva: identidades étnicas y religiosas en la frontera sur” en Viqueira, J. y Ruz, M. (Eds.). *Chiapas: los rumbos de otra historia*. México: UNAM.

– Jiménez Ricárdez, R. (1996). “Las razones de la sublevación”. *Chiapas* N° 3. México.

– Mariátegui, J. C. (1959). “Heterodoxia de la tradición” en *Peruanicemos al Perú*. Lima: Editora Amauta.

– Marion Singer, M.-O. (1988). *El agrarismo en Chiapas (1524-1940)*. México: INAH.

– Martínez, J. (2015). “*Indígenas, campesinos y capitalismo: Una radiografía de San Juan Chamula, Chiapas*”. *Perifèria, revista de recerca i formació en antropologia* N° 20 (2) (pp. 216-240). Barcelona.

– Preciado Llamas, J. (1978). “Reflexiones teórico-metodológicas para el estudio de la colonización en Chiapas” en AA.VV. *Economía campesina y capitalismo dependiente*. México: UNAM.

– Renard, M. C. (1992). “Mercado mundial y economía regional. El café del Soconusco, México”. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food* Vol. 2 (pp. 74-87). Reino Unido / EE. UU.

– Renard, M. C. (1997). “Movimiento campesino y organizaciones políticas: Simojovel-Huitiupan (1974-1990)”. *Chiapas* N° 4. México.

– Rus, J. (1983). “Antropología social en los Altos de Chiapas. Historia y bibliografía”. *Textual. Análisis del medio rural* N° 13, Vol. 4 (pp. 98-106). México.



- Rus, J. (2004). “Revoluciones contenidas: Los indígenas y la lucha por los Altos de Chiapas, 1910-1925”. *Mesoamérica* N° 46 (pp. 57–85). Antigua, Guatemala.
- Rus, J. (2005). “Adaptación local al cambio global: la reorganización de la sociedad indígena de los Altos de Chiapas en México, entre 1974 y 1994”. *Contrahistorias* N° 5. México.
- Thompson, E. (1989). *Tradicción, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona: Crítica.
- Villafuerte Solís, D. y García Aguilar, M. (2006). “Crisis rural y migraciones en Chiapas”. *Migración y Desarrollo* N° 6 (pp. 102-130). Zacatecas.
- Viqueira, J. (2004). “Los Altos de Chiapas: una introducción general” en Viqueira, J. y Ruz, M. (Eds.). *Chiapas: los rumbos de otra historia*, México, UNAM.

